

algo del país? Dudas, perplejidad, demora, pero a poco se inicia la retreta con un bambuco ondulante, sentido, que se llama más o menos: *Las honduras de Tunja*. La gente se agolpa alrededor de los músicos; salen al balcón con los obsequiados, las comisiones, las autoridades, las señoras; hay aplausos. ¡Viva México! ¡Viva Colombia! ¡Viva el pensamiento mandando, grita una voz que parece un eco del anhelo aplastado en México por la brutalidad pretoriana; en el balcón se suceden los discursos, ya abajo siguen resonando las muestras de la música nacional.

La Tentación mientras tanto, conversaba por dentro con el huésped, y decía: Tengo treinta y cinco años, fui educado en Oxford y en Cambridge; poseo acciones en la bolsa de Nueva York; setecientos mil dólares en efectivo; una Hacienda en los Llanos; venga conmigo para que vea lo que es entrar mil reses por una dehesa; dormirá usted en una estera con el rifle al lado; pero todo lo que vea en derredor será suyo; de todo lo que tenga la mitad para usted, la mitad para mí; *fifty fifty* de todo, véngase amigo. ¿Qué anda haciendo más por el mundo? Cazaremos tigres, comeremos como reyes y hay «chinas» cuantas quiera... En una canoa larga iremos por los ríos durmiendo bajo el toldo por el rumbo del Amazonas. Allí hay machos, mis sirvientes de un tajo cortan una boa, comen yuca y beben aguardiente. Usted podría escribir allá un libro. Venga, no lo piense; ya le digo, de todo lo que tengo, la mitad. Y mientras esto repite brillaba inteligencia bajo unos espejuelos claros y las mejillas se acaloran con un whiskey que enseña a beber Oxford. Mal gusto es del whiskey, prefiero el del cognac; pero hay nobleza en la cara, en el ademán del propietario colombiano y bajo sus palabras va apareciendo la visión de la selva domeñada, amenazante, fascinante. Tremendo viaje una y otra vez aplazado, pospuesto, irrealizado.

Hubo después esa cosa fea que se llama una conferencia; un orador o varios gritan con una multitud en torno; la expresión se exagera; el pensamiento se diluye o se deforma y la incoherencia alcanza sus mejores éxitos; una impulsión directa que el público recoge y convierte en vibración de conciencia; se produce exaltación.

A las diez empezó el baile, donde la reina, no más de doce parejas. Han reaparecido las jóvenes remozadas, engalanadas en sedas y escotes. La reina está hermosa, muy blanca bajo el negro terciopelo que le ciñe el talle ondulado, juvenil. Una cordial y contagiosa sonrisa consume presentaciones, enlaza parejas, anima a la danza. La hermana Mercedes también se ha transformado en una nueva belleza entre sedas de rosa; traje ajustado en escultura viviente, palpitante; esbeltez castellana, severa, perfecta, casta. Hay el período en que es posible describir los ojos, el perfil, la boca, pero se llega raras veces a otro estado en el que ni se mira ni se deja de mirar, pero se imbebe; igual que una embriaguez que no sólo marea sino que exalta.

Colma... Se ha decretado el boicot de lo bárbaro con lo que quedaron proscritas las músicas de marca industrial. Revive el pasillo, juntando, acordando parejas. Se separan, se persiguen, se envuelven los bailarines al ritmo ternario de bambucos y torbellinos. Una alegría desbordada inventa giros, los extrae

de la alfombra, del piso. Murillo en el piano impone, revive los aires nativos. Siguelo la orquesta al principio, con timidez, como si no osase ser lo que fué en sus días de señorío, la estirpe hoy humillada; finalmente se entrega y suena como nunca se había logrado: orgullosa, espontánea, dominadora. Los viejos se animan, se levantan, se añaden a las rondas. Mercedes, como su hermana, baila e invita a bailar, quiere que todos estén contentos; juega con el ritmo y con el júbilo. Envuelta en resplandor deslumbra si pasa, y se aleja, y en seguida, en otros casos, cuando sus brazos armoniosos dirigen al torpe bailarín, entonces, como el baño de una corriente mansa, pasa el destino hecho licor de ilusión. Suceden a los pasos populares los viejos vales sabrosos, como dicen por allá, en que se mece la fantasía. Y a ratos, un rozamiento leve inyecta el ensueño de viva ansiedad, reclamo de venturas positivas. El alto de la orquesta rompe, quiebra, destruye implacablemente, imbecilmente, definitivamente, la posibilidad indudable de dicha.

Una vez roto el círculo mágico de los destinos que buscan alianzas, es imposible recobrar la holgura, la intimidad, la levitación que nos pone fuera del alcance de toda impresión vulgar. El vacío forma huecos en derredor y el mismo pensamiento se ausenta. Luego, una que otra frase trivial y distante y por fin el

ansia de renovar, así sea en cualquier otro plano, la intimidad... ¿Verdad que Tunja vale la pena de ser conocida? Diga usted algo de Tunja; usted que puede hacerse oír... Sin duda; sí... pero, me han dicho que usted también escribe; porque no, mejor usted... Sea usted la voz de Tunja.

El baile se suspende a intervalos y entonces se reanuda más precisas las conversaciones; circulan, se detienen las parejas; se pasan radiantes las mujeres y entre los grupos se abren paso los mozos que ofrecen en bandejas de plata la champaña que recuerda el culto de Francia en estas antiguas poblaciones del continente... Hermosa fiesta, exclama el huésped y su gentil acompañante inquiere: ¿De verdad ha estado contento? Pues eso hemos querido... Quisimos que usted, por unas horas al menos se olvidara de todas sus contrariedades y se sintiera a gusto, como si estuviese en su casa entre los suyos... Piensa el huésped, ¿casa?... Esta, por un instante y bendita... y tornan a envolverse las parejas en los giros de la clásica danza en criollo. Al piano, el maestro Murillo, ha ido creciendo y está en pleno derroche; vigor, sentimentalismo, infinito sentimiento. La orquesta ebria de ritmo toca marcando exacto, poderoso, el compás... El tiempo se ha ido tragando más horas, se empieza a hacer palpable la conveniencia de las despedidas... Y todo ocurrió como si fuese un sueño

José Vasconcelos

¿Imperialismo yanqui?

= De *La Libertad*, Madrid. =

La potencia de recapacitar, de auto-enjuiciarse, es una cualidad personal que produce admirables frutos. Ciertas colectividades desconocen lo que significa para su vitalidad este examen, que es exigencia primordial para toda perfección. Cegadas por conceptos externos echados sobre ellas como telones, durante años y años, no ven, no cotizan, no someten a juicio sus propios actos. Singularmente padecen de esta miopía los pueblos jóvenes exentos de esa experiencia que se da en lo personal, casi como producto espontáneo de la memoria, afirmado por la razón, con el solo hecho de vivir largamente. Entonces el individuo comprueba que la mitad de las desventuras que el destino le acarrea las debe a él mismo en mayor proporción que a los demás. Idéntico fenómeno acontece con los pueblos.

Se fustiga demasiado el imperialismo yanqui. Y nosotros, hispanoamericanos, ¿por qué no nos recogemos a meditar en su origen y crecimiento hasta sentirnos los más responsables del mismo? Concretamente, ¿qué es y cómo se produce el imperialismo yanqui? Lo visible, lo objetivo, es el resultado cuando ya es el atropello. Mas éste obedece a un proceso. Nunca ha sido un deseo verdaderamente norteamericano el hacernos daño. Es algo inevitable, cuyo camino hemos tirado a cordel nosotros. El norteamericano, es cierto, lo compra todo. Pero no es menos exacto que los hispanoamericanos también lo vendemos todo. Si queremos, honradamente, desenmascararnos e ir al fondo de la cuestión,

debemos reconocer nuestra frivolidad, nuestra inconsciencia o nuestra coquetería, para valerme de los adjetivos más débiles. La excepción de personas no cuenta en problemas trascendentes, frente a los que voces aisladas, y no acciones decisivas, por robustas que aquéllas sean, carecen de validez para desviar hechos rotundos, a los que han venido asistiendo, impasibles, y hasta colaborando, satisfechos, pueblos enteros.

El imperialismo yanqui, si existe tal y como se le pinta, con inmoderados anhelos de anexión territorial, es, en efecto, obra más nuestra que de los propios yanquis. Todos los medios que sirven para consolidar la esencia de una nación, para apretar la estructura de un país, los ponemos en sus manos. Es más: les invitamos a que tiendan sus redes de dólares resonantes, sin medida ni control, atrayéndolos para entregarnos ciegamente por unas monedas, igual que el indio salvaje que ofrece pipas de oro a cambio de fragmentos de lunas azogadas. Como el capital es de constante e inaplazable necesidad para nuestro desarrollo, los grandes núcleos no han visto quizás sino esa elemental necesidad de poseerlo. No les importa la forma en que es invertido lo que se exige a cambio de él, que es muchas veces renunciar a órganos y derechos que se hallan por encima de todo soborno y de toda especulación.

El yanqui nos ha conocido, poco a poco, sin equivocarse hasta ahora. Y su filtración en nuestros medios ha sido tan bien administrada, que empezamos a sentir los